

Capítulo 1

Despertó con la certeza de que era una asesina y volvería a matar. Era la única razón por la que seguía viviendo. Para eso vivía. Para matar. Un ansia y un dolor eternos recorrían su cuerpo implacablemente. Yacía muy quieta, rodeada de tierra, mirando el cielo tachonado de estrellas. Hacía mucho frío. Estaba helada, la sangre fluía por sus venas como agua escarchada, como ácido que quemaba, de tan frío.

Llámame. Yo te daré calor.

Cerró los ojos cuando aquella voz penetró en su cabeza. Ahora, él la llamaba en cada despertar. La voz de un ángel. El corazón de un demonio. Su salvador. Su enemigo mortal. Muy lentamente, Destiny dejó que el aire se filtrara en sus pulmones, que su corazón empezara a latir rítmicamente. Otra noche interminable. Había habido muchas, y lo único que quería era descansar.

Salió flotando de la tierra, vistiéndose con la facilidad que daba la experiencia, con el cuerpo limpio aunque su alma estuviera condenada. Los sonidos y los olores de la noche la rodeaban por completo: susurros y aromas que inundaban sus sentidos de información. Tenía hambre. Necesitaba adentrarse en la ciudad. Por más que lo intentaba, no podía vencer la necesidad de sangre densa y caliente. La sangre la llamaba, la atraía como ninguna otra cosa.

Se hallaba en una zona de la ciudad que conocía. Su cuerpo recorrió el camino acostumbrado sin que ella se diera cuenta de lo que

hacía. La pequeña iglesia encajada entre edificios altos y el laberinto de calles estrechas y callejones parecían hacerle señas para que se acercara. Conocía aquel barrio, aquella pequeña ciudad dentro de una ciudad más grande. Los edificios se amontonaban, algunos tocándose, otros separados por pasadizos angostos. Estaba familiarizada con todos y cada uno de los edificios de oficinas y apartamentos. Conocía a sus ocupantes y los secretos de éstos. Cuidaba de ellos, velaba por sus vidas y, sin embargo, siempre estaba sola, siempre aparte.

Subió con desgana los escalones de la iglesia y se detuvo ante la puerta, como había hecho tantas veces. Supo gracias a su fino oído que había alguien en el edificio, que el párroco estaba acabando sus quehaceres y pronto se marcharía. Estaba tardando mucho más que de costumbre.

Destiny oía el susurro de su hábito mientras se movía por la iglesia camino de las puertas dobles. El sacerdote las cerraría con llave (siempre las cerraba antes de marcharse), pero poco importaba: ella las abriría sin esfuerzo. Aguardaba en la oscuridad, entre las sombras a las que pertenecía, observando al sacerdote en silencio, casi conteniendo el aliento. Sentía dentro de sí un ansia, una desesperación. Regresaba una y otra vez a aquella iglesia pequeña y bella. Algo la atraía, tiraba de ella con una llamada casi tan fuerte como la de la sangre. A veces creía que era allí donde se suponía que debía morir; otras, pensaba que quizá bastara con que se arrepintiera. Siempre iba a la iglesia cuando sabía que no le quedaba más remedio que alimentarse.

El párroco se paró un momento junto a las puertas y miró a su alrededor mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Fijó la mirada en Destiny, pero ella sabía que no podía verla. Hizo amago de hablar, vaciló y finalmente hizo la señal de la cruz señalando hacia ella. Destiny contuvo el aliento, esperó a que un rayo la fulminara.

—Que la paz sea contigo, hija mía —murmuró suavemente el sacerdote, y bajó la escalinata con su paso medido y parsimonioso.

Destiny se quedó entre las sombras, tan quieta como las montañas que se alzaban sobre la ciudad. ¿Cómo había advertido el párroco su presencia? Esperó hasta mucho después de que él bajara por la

calle y tomara el estrecho callejón que llevaba al jardín de detrás de la rectoría. Sólo entonces se permitió soltar lentamente el aire, respirar otra vez.

Se acercó a las puertas ornamentadas, pero esta vez no estaban cerradas. Miró hacia atrás, hacia la calle por cuya esquina había desaparecido el sacerdote. Así pues, él lo sabía. Sabía que ella necesitaba su iglesia, y le había dado en silencio su permiso para que entrara en aquel lugar sagrado y purificado. No sabía qué era ella, pero era un buen hombre y creía en la salvación de todas las almas. Destiny abrió las puertas con mano temblorosa.

Se quedó parada en el umbral de la iglesia vacía, envuelta en la oscuridad, su única aliada. Temblaba, no por el aire frío que la rodeaba, sino por el hielo alojado en el fondo de su alma. A pesar de que el interior del templo estaba oscuro como boca de lobo, veía sin esfuerzo, con todo detalle, la bella iglesia. Estuvo mirando largo rato el crucifijo que había sobre el altar, con la mente sumida en un torbellino. El dolor la embargaba, como cada segundo de su existencia. El ansia aguda y voraz. La vergüenza, su eterna compañera. Había ido a aquel lugar sagrado a confesar sus pecados. Era una asesina y mataría una y otra vez. Aquél sería su modo de vida hasta que reuniera valor suficiente para destruir al demonio en que se había convertido. No se atrevía a entrar, no osaba pedir refugio.

Permaneció en silencio largo rato, con una quemazón extraña y terrible detrás de los ojos. Tardó unos instantes en darse cuenta de que lo que sentía eran lágrimas. Tenía ganas de llorar, pero ¿de qué serviría? Había descubierto que las lágrimas arrastraban consigo el eco de una risa horrenda y demoníaca, y había aprendido a no llorar. A no llorar jamás.

¿Por qué te empeñas en sufrir? Aquella voz era engañosamente hermosa. Masculina. Tierna. Una mezcla sedante de exasperación y encanto viril. *Siento tu dolor; es intenso y terrible, y atraviesa mi corazón como una flecha. Llámame a tu lado. Acudiré enseguida. Tú sabes que no puedo hacer otra cosa. Llámame.* Había bajo aquellas palabras un susurro imperioso, cargado de autoridad. *Me conoces. Me conoces desde siempre.*

Aquella voz rozaba los muros de su mente como el aleteo de una mariposa. Acariciaba su piel como un susurro, se filtraba por sus poros y envolvía su corazón. Destiny la respiraba, la introducía en sus pulmones hasta que sentía la necesidad de responder, de oírla de nuevo. De llamarla. De obedecer. Necesitaba aquella voz. Una voz que la mantenía con vida. Que la mantenía cuerda. Que le había enseñado cosas: cosas horrendas y mortíferas, pero necesarias.

Siento tu necesidad. ¿Por qué te empeñas en guardar silencio? Me oyes, igual que yo te siento cuando tu dolor se hace insoportable.

Destiny negó con la cabeza, resistiendo firmemente la tentación de aquella voz. El gesto hizo que su densa cabellera, oscura y suntuosa, volara en todas direcciones. Quería liberar su mente de la engañosa pureza de aquella voz. Nada podía inducirla a contestar. Nunca volvería a verse atrapada por una voz seductora. Había aprendido aquella lección del peor modo posible, sentenciada a vivir un infierno en el que no se atrevía a pensar.

Se obligó a respirar, dominando sus emociones; sabía que posiblemente el cazador podría encontrar su rastro a través de la intensidad de su desesperación. Un movimiento cerca de allí, entre las sombras, la hizo girarse y agazaparse: un peligroso depredador listo para atacar.

Hubo un silencio y luego otro movimiento. Una mujer subió lentamente los escalones de la iglesia, entrando en el campo de visión de Destiny. Era alta y elegante, con una piel impecable de color café con leche y el cabello como chocolate amargo. Su pelo, que se rizaba hacia todos lados, era un tumulto de lustrosas espirales que caían sobre su cuello y enmarcaban su rostro ovalado. Sus grandes ojos marrones escudriñaban las sombras más oscuras, buscando algún indicio de que no estaba sola.

Destiny aprovechó su sigilo y su velocidad preternatural para escabullirse entre los recovecos del rincón, lejos de las puertas. Se quedó inmóvil, sin atreverse apenas a respirar.

La mujer se acercó a las puertas y se detuvo allí un momento, la mano apoyada sobre el borde de la puerta abierta. Suspiró suavemente.

—He venido a buscarte. Me llamo Mary Ann Delaney. Sé que sabes quién soy. Sé que vienes aquí a veces. Te he visto. Te vi anoche y sé que estás aquí. —Esperó un segundo. Dos—. En alguna parte —murmuró como si hablara para sí misma.

Destiny apretó tanto el cuerpo contra el muro de la iglesia que le dolió la piel. Corrían las dos un terrible peligro, pero sólo una de ellas lo sabía.

—Sé que estás aquí. Por favor, no vuelvas a huir —dijo Mary Ann en voz baja. A pesar de su gruesa chaqueta, se frotó los brazos para ahuyentar el frío—. Háblame. Tengo tantas cosas que decirte, tantas cosas que agradecerte... —Hablabla despacio, suavemente, como si intentara convencer a una fiera de que confiara en ella.

Destiny sentía una espantosa opresión en el pecho. Se estaba ahogando, se asfixiaba, a duras penas podía respirar. Esperó un instante. Dos. Se hundió más aún entre las sombras. Oía el latido de su propio corazón. Oía el corazón de Mary Ann, siguiendo el ritmo del suyo. Oía la llamada tentadora del vaivén de la sangre atravesando sus venas. Llamándola. Intensificando su ansia terrible. Tocó con la lengua el filo cortante de sus incisivos, cada vez más largos. El esfuerzo por dominarse, por impedir lo inevitable, la hacía temblar.

Aquella mujer era todo lo que ella no era. Mary Ann Delaney. Destiny la conocía bien. Era compasiva y valiente, había dedicado su vida a ayudar a los demás. De su alma parecía irradiar una luz. Destiny la escuchaba a menudo: en sus conferencias, en sus grupos de discusión, hasta en sus sesiones privadas de terapia. Destiny se había erigido en su guardiana oficiosa.

—Me salvaste la vida. Hace un par de semanas, cuando ese hombre entró en mi casa y me atacó, llegaste tú y me salvaste. Sé que estabas herida. Tenías sangre en la ropa. Pero cuando llegó la ambulancia te habías ido.

Mary Ann cerró los ojos un momento mientras revivía el horror de despertarse y ver a un hombre furioso cerniéndose sobre su cama. Aquel hombre la había sacado a rastras de debajo de las mantas, tirándole del pelo; la había golpeado tan fuerte y tan deprisa que no había tenido tiempo de defenderse. Era el marido de una mujer a la

que ella había ayudado a escapar a un hogar de acogida, y estaba decidido a arrancarle la dirección a golpes. La había golpeado y pateado en el suelo, hasta dejarla convertida en un ovillo ensangrentado, y después la había apuñalado con un cuchillo de grandes dimensiones. Mary Ann tenía aún frescas las heridas de los brazos, que él le había hecho cuando había intentado defenderse.

—No le dije a nadie que estuviste allí. No le hablé a la policía de ti. Pensaron que se había tropezado con los muebles volcados, que cayó mal y se rompió el cuello. No te delaté. No tienes por qué preocuparte; la policía no está buscándote. No saben nada de ti.

Destiny se mordió el labio con fuerza y guardó un terco silencio. Por suerte, sus incisivos habían retrocedido. Ya tenía suficientes pecados en el alma sin necesidad de añadir a Mary Ann a la lista de sus víctimas.

—Por favor, contéstame. —Mary Ann abrió los brazos de par en par—. No entiendo por qué no me hablas. ¿Qué daño puede hacerte decirme si te hirieron aquella noche? Estabas toda manchada de sangre, y la sangre no era mía, ni de ese hombre.

Destiny sintió las lágrimas arderle en los ojos, constreñirle la garganta. Cerró los puños con fuerza.

—La sangre tampoco era mía. No me debes nada. —Sus palabras sonaron estranguladas, a duras penas consiguieron superar el nudo de su garganta. Aquello era cierto en parte. El agresor de Mary Ann no le había hecho un solo rasguño—. Sólo lamento no haber llegado antes de que te hiciera daño.

—Me habría matado. Las dos lo sabemos. Y no es la vida lo único que te debo. Eres tú quien me deja el dinero para nuestra casa de acogida, ¿verdad? —continuó Mary Ann—. Y para nuestros programas de ayuda para mujeres.

Destiny se apoyó en la pared, cansada del dolor, cansada de estar tan sola. Había algo maravillosamente cálido y tranquilizador en Mary Ann.

—No es nada, sólo es dinero. Tú haces todo el trabajo. Me alegra ayudar, aunque sea poco.

—Ven a casa conmigo —dijo Mary Ann—. Haré té y podremos charlar. —Al ver que Destiny guardaba silencio, suspiró suavemen-

te—. Dime al menos cómo te llamas. Siento tu presencia a menudo y te considero una amiga. ¿Qué daño puede hacerte decirme tu nombre?

—No quiero que la fealdad de mi vida te toque —reconoció Destiny en voz baja.

La noche iba abrazándola, como hacía siempre; le susurraba suavemente para que viera su belleza, a pesar de la determinación de Destiny de no ver nada bueno en ella.

—No me asusta la fealdad —insistió Mary Ann—. La he visto otras veces y volveré a verla. Nadie debe estar solo en este mundo. Todos necesitamos a alguien, incluso tú.

—No me lo estás poniendo fácil. —Aquellas palabras salieron de Destiny con esfuerzo, casi como un sollozo—. No sabes lo malvada que soy. Para mí no hay salvación. No debí permitir que nuestras vidas se cruzaran, ni siquiera un momento.

—Yo me alegro mucho de que lo hicieras. Si no, no estaría aquí, y tengo muchas cosas por las que vivir.

Destiny se apretó la boca con la palma y vio avergonzada que le temblaba la mano.

—Tú y yo somos distintas. Tú eres buena, ayudas a mucha gente.

Mary Ann asintió con la cabeza.

—Sí, es cierto, y sin ti no habría podido ayudar a muchos de esos niños y mujeres. Eso lo has hecho tú, no yo. Yo no podría haberme salvado; ahora estaría muerta.

—Ésa es una lógica muy retorcida —dijo Destiny, pero sintió que una leve sonrisa revoloteaba en sus labios, a pesar del dolor que la atravesaba como un cuchillo. Había oído a Mary Ann hablar con otras mujeres muchas veces, con voz siempre suave y comprensiva. Mary Ann siempre sabía qué decir para tranquilizar a las mujeres que acudían a ella. Estaba usando con Destiny aquel mismo don—. Me llamo Destiny.

Su propio nombre le sonó extraño: hacía tanto tiempo que no lo oía... Casi le daba miedo decirlo en voz alta.

Mary Ann sonrió; tenía los dientes muy bonitos y una sonrisa contagiosa.

—Es un placer conocerte. Yo soy Mary Ann.

Dio un paso adelante y le tendió la mano.

Antes de que le diera tiempo a refrenarse, Destiny tomó la mano que le tendía. Era la primera vez en mucho tiempo que tocaba a un ser humano. El corazón le golpeaba dolorosamente el pecho y se apartó, sobresaltada, deslizándose entre las sombras.

—No puedo —susurró.

Era demasiado doloroso mirar aquellos ojos claros, sentir el calor de Mary Ann. Era más fácil estar sola, esconderse entre las sombras, ser por siempre una criatura nocturna.

Mary Ann permaneció quieta, impresionada por la extraordinaria belleza de la joven que se ocultaba en la oscuridad. Destiny era más menuda de lo que había pensado en un principio: no era baja, pero tampoco alta. Era voluptuosa, pero su cuerpo estaba esculpido por la musculatura. Su cabello era abundante, salvaje, una masa de seda oscura. Su cara era llamativa, sus ojos enormes, atormentados, hipnóticos y de largas pestañas. De un verde azulado, vívido y brillante, contenían sombras y secretos y un dolor inimaginable. Incluso su boca parecía esculpida y tentadora. Pero había en ella mucho más que belleza física. Poseía un atractivo sutil que Mary Ann no había visto nunca antes en una mujer. Su voz era musical, misteriosa, irresistible. Mística. Todo en Destiny era diferente. Inusitado.

—Claro que puedes. Sólo estamos hablando, Destiny. ¿Qué hay de malo en hablar? Me sentía un poco sola esta noche y sabía que tenía que verte. —Mary Ann dio un paso hacia las sombras que envolvían a Destiny. Deseaba aliviar la terrible desesperación de aquel bello rostro. Había visto muchas veces el dolor, pero aquellos enormes ojos de color aguamarina parecían presas de un tormento desconocido para ella. Aquellos ojos habían visto cosas que nadie debería haber visto. Cosas monstruosas.

Destiny dejó que el aliento abandonara sus pulmones con suave urgencia.

—¿Sabes cuántas veces te he visto obrar tu magia con una mujer en apuros? Tienes un don para dar esperanza a quien ha dejado de creer que la haya. Si crees que me debes algo, estás equivocada. Me has salvado la vida muchas veces, sólo que no eras consciente de ello.

Te escucho a menudo, y tus palabras son ya lo único en este mundo que tiene sentido para mí.

—Eso me alegra, entonces. —Mary Ann sacó unos guantes del bolsillo de su chaqueta y se cubrió con ellos sus delicadas manos para protegerlas del frío—. ¿Sabes?, todo el mundo se siente a veces solo y sin esperanzas. Hasta yo. Todos necesitamos amigos. Si te sientes incómoda yendo a mi casa, tal vez podamos tomar una copa en el Midnight Marathon. Pero siempre hay mucho ruido. ¿Tan terrible sería que vinieras a tomar una taza de té a mi casa? No vamos a comprometernos en una relación a largo plazo. —Había un filo de humor en su voz, una invitación a compartir su regocijo.

—¿Té? Hace años que no tomo una taza de té.

Destiny se llevó la mano al estómago. Ansiaba con todo su ser disfrutar de la compañía de Mary Ann, pero le asqueaba la idea de obligarse a parecer normal. Podía imaginar el horror y la repulsión que vería en los ojos de Mary Ann si ésta descubría la verdad.

—Entonces creo que ya va siendo hora de que te tomes una. Ven a casa conmigo —insistió Mary Ann con suavidad, visiblemente complacida.

El viento sopló sobre la escalinata, hacia las puertas de la iglesia, levantando hojas y ramas. Por encima de sus cabezas, las nubes empezaban a tejer oscuros hilos. Había algo más, algo en el viento que tiraba suavemente de sus ropas y su pelo y que susurraba turbadoramente entre los árboles y los arbustos. Algo fuera de su alcance que parecía llamarla con un murmullo. Mary Ann aguzó el oído y volvió la cabeza de un lado a otro para captar aquel sonido.

Destiny saltó hacia ella. Exhaló con un lento siseo de advertencia. Cogió la gruesa chaqueta de Mary Ann por la solapa y al mismo tiempo abrió de un empujón la puerta de la iglesia. Metió dentro a Mary Ann.

—Escúchame. —La miró fijamente a los ojos—. No saldrás de esta iglesia hasta que se haga de día. Oigas lo que oigas, veas lo que veas, no saldrás de esta iglesia. —Hablaba con firmeza, hundiendo en el subconsciente de la otra mujer el impulso de obedecer.

Sintió el peligro tras ella y al girarse se agachó, intentando apartar el hombro. Había empleado unos segundos preciosos en asegu-

rarse de que Mary Ann estaba a salvo, y a pesar de su increíble velocidad, unas uñas largas y afiladas como cuchillas desgarraron su brazo del hombro al codo. Pero Destiny ya había empezado a moverse. Lanzó las piernas y golpeó con fuerza.

Desde lejos le llegó aquella voz suave y familiar que tan a menudo la llamaba en una lengua antigua. *¡Lláname ahora!* Era ni más ni menos que una orden, como si él hubiera sentido su dolor físico y supiera que estaba en peligro.

Destiny cerró firmemente su mente a todo lo que no fuera la inminente batalla. Se concentró por completo y observó al no muerto con una mirada fija y feroz. Estaba quieta, de puntillas, en equilibrio; el aire salía y entraba rítmicamente de sus pulmones. Era un vampiro. Una criatura de la noche. Un monstruo horrendo. Un enemigo mortal.

Su asaltante era alto y delgado; tenía la piel grisácea y el cabello negro. La miraba de frente y sus dientes relucían.

—Dile a la mujer que venga.

Su voz era baja, suave, musical, una sutil invitación.

Destiny se fue hacia él como una flecha. Sacó un puñal de la funda que llevaba entre los omóplatos y se lanzó directa a su corazón. Fue un movimiento totalmente inesperado. Él creyó que su voz la había hechizado, pensó que obedecería. Además, era una mujer. Y lo último que se esperaba de una mujer era que atacara. Pero aquél solía ser el elemento sorpresa que permitía a Destiny salir victoriosa.

La hoja del puñal se hundió en el pecho del vampiro, pero él logró clavar sus garras en el hombro herido de Destiny y al saltar hacia atrás abrió profundos surcos en su carne. Se disolvió al instante en un vapor verdoso y cruzó la noche a toda velocidad, alejándose de la ciudad. Unas gotas rojas se mezclaron con el verde, dejando un rastro tóxico y venenoso que Destiny podría seguir. Ella aspiró premeditadamente aquel olor nocivo para poder reconocerlo en cualquier parte.

Oyó el eco de aquella voz profunda y viril dentro de su cabeza, de su alma, un grito de negación seguido inmediatamente por un extraño calor. Le ardían las heridas del brazo, pero estaba acostumbrada al dolor y logró olvidarse de él. Una extraña y melodio-

sa cantinela en una lengua antigua se agitaba en su cabeza, dándole algún consuelo. Aun así, no podía ignorar la sangre que manaba de su cuerpo. Hacía varios días que no se alimentaba y necesitaba sustento. Mezcló la rica tierra del jardín del sacerdote con su saliva, capaz de sanar, y untó con aquella mezcla las heridas abiertas. Con mucho cuidado, premeditadamente, se trenzó el pelo, preparándose para la batalla. Antes de seguir al no muerto hasta su guarida, necesitaba alimentarse. La ciudad estaba llena de indigentes, de infelices que no podrían escapar de ella a pesar de lo débil que estaba.

Nicolae von Shrieder se agazapó en lo alto del enorme precipicio que daba a la ciudad. Esta vez estaba más cerca que nunca. Estaba seguro de ello. Ella estaba allí, en alguna parte, cansada, herida y vulnerable, librando sola su guerra. Mientras estaba despierto, él sentía su dolor constantemente. Cuando cerraba los ojos al levantarse el sol, notaba cómo una congoja sobrecogedora se apoderaba del cuerpo de ella y del suyo.

Paciencia. Había aprendido por las malas a tener paciencia. Sus siglos de existencia le habían enseñado, por encima de todo, a ser paciente y disciplinado. Era antiguo y poderoso, y sin embargo no podía doblegarla a su antojo. No podía obligarla a acudir a él. Le había enseñado bien. Demasiado bien.

A lo lejos se oyó el grito de un ave de rapiña, un chillido penetrante que le advertía, y Nicolae levantó la cara hacia las estrellas. Se irguió muy lentamente, alzándose en toda su estatura.

—Te doy las gracias, hermano mío —murmuró suavemente. El viento atrapó su voz y se la llevó bruscamente, transportando su leve sonido a través de las copas tupidas de los árboles y más allá, sobre la ciudad—. Nuestra caza comienza.

Nunca olvidaría el momento sobrecogedor en que la sintió por primera vez. Una niña aterrorizada. Su dolor y su angustia eran tan afilados, tan agudos y arrolladores que su mente inmadura había traspasado el tiempo y el espacio para fundirse con él. Mente con mente. Incluso de niña ella tenía poderosas facultades psíquicas. Las

imágenes que Nicolae recibía de ella eran tan vívidas y detalladas que él había vivido aquella pesadilla con ella, a través de ella. El asesinato brutal de sus padres, el monstruo desangrándolos delante de la chiquilla.

Cerró los ojos para no recordar, pero los recuerdos inundaron su cabeza, como le ocurría a menudo a ella. Había estado separado de ella por continentes, sin modo de seguir su rastro, de encontrarla. Y, sin embargo, había vivido con ella las atrocidades repetidas, las palizas, las incontables violaciones y asesinatos que se había visto forzada a presenciar. Ella se había introducido en su mente buscando refugio y allí había encontrado a Nicolae. Él le susurraba, la distraía, compartía con ella su saber. Una simple muchacha aleccionada para matar. No tenía otro don que ofrecerle. Ningún otro modo de salvarla.

Habían sido años espantosos, años de búsqueda desesperada. El mundo era un lugar muy grande cuando se buscaba a una niña pequeña. Él era antiguo, había jurado proteger a mortales e inmortales por igual. Un ser poderoso, un cazador y aniquilador de vampiros, enviado hacía siglos por su príncipe bajo juramento de librar al mundo de aquella plaga. Había intentando convencerla de que había una diferencia entre vampiro y cazador, pero ella veía en la mente de él sus batallas, sus matanzas. Veía la oscuridad que había en su interior, una oscuridad que se extendía como una mancha sobre su alma. Y le daba miedo confiar en él.

Nicolae permanecía completamente inmóvil; su musculosa figura irradiaba un poder descarnado cuando le ofreció el brazo enfundado en cuero a su compañero de viaje. El gran búho voló en círculo una vez, describiendo una lenta espiral, y se lanzó luego en picado con las garras extendidas. Se posó en el brazo de Nicolae, y éste agachó la cabeza hacia su peligroso pico.

—Has encontrado el olor de nuestra presa.

Los ojos redondos y vidriosos que le miraban estaban llenos de inteligencia. El pájaro batió sus alas una, dos veces, como si respondiera, y luego volvió a lanzarse al aire. Lo siguió con la mirada y una leve sonrisa que en modo alguno suavizaba el duro perfil de su boca. Ella estaba herida. Iba a la caza de un vampiro y estaba herida.

No cabía negar el vínculo que los unía y, sin embargo, ella se negaba a admitirlo, a responderle. Él ignoraba cómo podía mantenerse tan fuerte viviendo con un dolor tan constante, pero no podía hacer otra cosa que encontrarla. Nunca la había visto, ni ella le había hablado, ni mentalmente ni de otro modo, pero sentía que la reconocería en cuanto pusiera sus ojos en ella.

Se volvió lentamente; su figura alta y musculosa era una mezcla de elegancia y fibra nerviosa. El viento agitaba su pelo largo, negro como ala de cuervo, y Nicolae se lo recogió en la nuca y lo ató con una tira de cuero. Cuando se estiró y levantó la nariz para olfatear el aire, había en sus movimientos una fluidez animal.

Habían pasado largos siglos desde que Vladimer Dubrinsky, el príncipe de su pueblo, enviara a sus guerreros al mundo a cazar vampiros. Nicolae, como muchos otros, había sido enviado muy lejos de su hogar, sin el consuelo de su suelo natal, ni sus semejantes. Había aceptado que no cabía para él la esperanza de encontrar una compañera, pero su deber para con su pueblo en aquellos días de tribulaciones estaba claro. Aquellos tiempos sombríos habían estado llenos de batallas y muerte. La oscuridad se había extendido lentamente y Nicolae se había enfrentado a ella en cada palmo del camino. Un nuevo príncipe había ocupado el lugar de Vladimer y Nicolae había seguido luchando. Solo. Resistiendo. En el fondo de su ser la oscuridad se había extendido inevitablemente, consumiéndolo hasta que comprendió que no podía esperar más. Tendría que buscar el amanecer, poner fin a su propia existencia, o se convertiría en aquello que cazaba. Y entonces ella entró en su vida. En aquella época, no era más que una chiquilla aterrorizada que necesitaba ayuda desesperadamente. Ahora era una máquina de matar.

Nicolae se cernía sobre la ciudad y contemplaba las luces que titilaban como otras tantas estrellas.

—¿Dónde estás? —dijo en voz alta—. Estoy cerca de ti. Esta vez te siento cerca de mí. Por fin estoy cerca de tu guarida. Lo sé.

Ella había entrado en su vida hacía muchos años. Habían vivido el uno en la mente del otro mientras un monstruo depravado torturaba a una niña indefensa. Se había obligado a sentir lo que ella sen-

tía, negándose a dejarla sola en el infierno que habitaba. Había tomado la decisión de adiestrarla, a pesar de que no encontraba el modo de conseguir que ella le hablara. Y había tenido éxito, quizás en exceso, enseñándola a matar. Antes, la violencia era su vida; ahora, toda su existencia estaba consagrada a encontrarla. En cierto modo, ella había sido su salvación.

Se lanzó desde el borde del precipicio. Fácilmente. Con calma. Disolviéndose en niebla al hacerlo. Atravesó el cielo como una centella, en busca del vampiro, siguiendo al búho que surcaba velozmente la noche.

Había ideado difusamente un plan de acción. Cuando encontrara a la joven, la llevaría a su patria, la conduciría ante el príncipe Mikhail Dubrinsky, el hijo de Vladimer. Sin duda los sanadores encontrarían un modo de ayudarla. Un vampiro la había convertido, había hecho de ella una criatura de la noche, y la sangre contaminada que fluía por sus venas era un ácido que la quemaba día y noche. La niña se había convertido en una mujer curtida en los fuegos del infierno, repleta de la experiencia en la batalla de un antiguo. Nicolae le había impartido aquel conocimiento, le había enseñado técnicas que sólo sus semejantes conocían. Había ayudado a crearla; necesitaba encontrar un modo de sanarla.

El olor del no muerto era para Nicolae un hedor repugnante, a pesar de que el vampiro intentaba desesperadamente ocultar su presencia a los cazadores. El rastro llevaba a través de la ciudad, a sus mismas entrañas, donde no había farolas ni casas bonitas. Los perros ladraban cuando Nicolae pasaba sobre ellos, pero nadie lo notaba. Y entonces captó el otro olor. Gotas de sangre mezcladas con el rastro del vampiro.

Era la mujer, estaba seguro de ello. Su mujer. Había llegado a pensar que le pertenecía y, con el paso de los años, había descubierto que era posesivo con ella. Como otros machos de su especie, se había acostumbrado hacía mucho tiempo a no sentir emociones, y, sin embargo, a veces, inesperadamente, experimentaba pequeños arrebatos de celos y de temor por ella. Se preguntaba si sentía las emociones de ella del mismo modo que percibía su psique, aunque no tenía respuestas. Y, en realidad, no le importaba.

Lo único que le importaba era encontrarla. No tenía elección. Mientras se esforzaba por salvarla, ella se había convertido en su salvadora.

Descubrió el lugar en el que la cazadora había abandonado el rastro del vampiro y se había adentrado en la ciudad. Nicolae comprendió inmediatamente que buscaba sangre. Estaba herida y probablemente llevaba varios días sin alimentarse.

Encontró a su presa en un callejón, entre dos edificios. Era un hombre joven y fornido; estaba sentado a medias contra la pared, con una leve sonrisa en la cara. Su cabeza osciló ligeramente cuando Nicolae se inclinó para examinarlo; sus párpados se movieron. Estaba vivo.

Nicolae sabía que debía alegrarse al ver que ella no había matado a su presa; sólo había tomado lo que necesitaba, como él le había inculcado machaconamente. Pero, a decir verdad, sintió deseos de estrangular a aquel hombre. Al introducirse en su mente, supo que ella lo había atraído prometiéndole el paraíso, con una sonrisa sexy y seductora, y que su víctima la había seguido de buena gana.

El búho le llamaba, impaciente, desde el tejado de un edificio, a su izquierda. Estaban cazando, le recordó. Nicolae se alarmó al reparar en su propia falta de disciplina. Al principio, cuando habían conectado de manera tan intensa, se había preguntado si la niña podía ser su compañera eterna, pero con los años, mientras ella seguía negándose tercamente a hablar con él, llegó a la conclusión de que no debía serlo. Ahora, no obstante, al pensar en su extraña reacción al ver al hombre al que ella había elegido como presa, volvió a dudar.

Los machos carpatianos perdían sus emociones y la capacidad de ver en color al cumplir doscientos años, y así había sido en su caso. La suya era una existencia sombría, una existencia en la que debían confiar en la propia integridad para vivir honorablemente hasta que encontraban a su compañera. Sólo una verdadera compañera, la otra mitad del alma de cada macho, podía devolverles el color y las emociones. Entre tanto, la insidiosa tentación de sentir, aunque sólo fuera por un instante, les atraía. Si sucumbían a ella y elegían matar para alimentarse, se convertían en aquello mismo que perseguían: en vampiros.

Nicolae saltó al aire, apartándose de la tentación. Del joven que tan cerca había estado de ella. Del joven que había sentido el contacto de su cuerpo; el calor de su aliento en la garganta; el roce sensual de sus labios sobre la piel; aquel mordisco entre doloroso y placentero, erótico y ardiente. Una neblina rojiza, traicionera y furiosa, se coló en su cabeza, haciéndole casi imposible pensar con claridad. Sintió el súbito impulso de volver y desgarrarle la garganta a aquel hombre. El deseo ardía, luminoso e incandescente, sus entrañas se encogían y un extraño rugido llenaba su mente y sus oídos. Se giró en pleno vuelo.

El búho cambió de rumbo, voló hacia su cara, impidiéndole seguir en esa dirección, con el pico abierto de par en par y los ojos fijos en los de Nicolae.

Dijiste que estaba prohibido matar, excepto al vampiro. Aquella voz femenina sonaba asustada: era una suave negativa, casi una súplica. *Dijiste que nunca matara para alimentarme y que nunca me alimentara cuando matara.*

Al oír el sonido de aquella voz, que tanto tiempo llevaba esperando, el mundo de Nicolae pareció volverse del revés. Empezó a dar tumbos por el cielo mientras el gris y el negro de la noche se convertían en colores brillantes y en el brillo cegador y titilante de la plata. Era como un despliegue de fuegos artificiales que estallaban a su alrededor, despojándole de la capacidad de respirar, incluso de ver. Cerró los ojos para eludir aquel asalto a sus sentidos y luchó por dominarse.

El búho le golpeó con fuerza al tiempo que ella le llamaba una segunda vez. *Sube, estás cayendo. ¡Sube ya!* Había terror en su voz.

El calor se difundió, calmándole, y Nicolae se enderezó. Ella había vuelto a darle la vida. Le había salvado de la oscuridad eterna. Su compañera eterna. La única mujer capaz de impedir que se convirtiera en vampiro.

Ella le había hablado al fin. Años de silencio le habían llevado a creer que nunca le hablaría voluntariamente, pero cuando se había hallado en peligro de sucumbir a la bestia furiosa que llevaba dentro, ella se había apresurado a salvarlo, a pesar de su determinación de no hacerlo. Había llenado de vida y colores su existencia lúgubre y gris.

¿Dónde estás? ¿Son graves tus heridas?, preguntó Nicolae, rezando por que ella siguiera comunicándose con él.

Vete de aquí. Juré que si venías alguna vez, si me encontrabas, no te cazaría porque me salvaste la vida. Márchate. No quiero tener que matarte, pero lo haré, si me obligas.

Yo no soy un vampiro. Soy carpatiano. Es distinto.

El suspiro que exhaló ella sonó suavemente en su cabeza.

Eso dices tú, pero yo no sé nada de carpatianos. Sólo conozco a los no muertos, con su voz dulce y seductora. Una voz como la tuya.

¿Por qué iba a enseñarte a no matar a tu presa si fuera un vampiro?

Nicolae era paciente. Podía permitírsele. Ahora, ella era su mundo, lo único que le importaba. La había encontrado, y encontraría un modo de hacerle ver la diferencia entre una criatura peligrosa que había escogido perder su alma y un guerrero que luchaba por conservar su honor.

No volveré a advertírtelo. Si quieres seguir viviendo, márchate de aquí y no vuelvas nunca.

Nicolae volvió a percibir la nota suave y suplicante de su voz, la sintió en su psique. Ella no sabía, posiblemente, que estaba allí, pero él la oía y le llenaba de alegría. Nicolae creía que ella intentaría destruirle. Era fuerte y disciplinada. Él la había enseñado bien, y ella era una alumna rápida y capaz.

Estaban conectados, mente con mente, y él sintió su súbita quietud. Supo instintivamente que había llegado a la guarida del vampiro. El no muerto estaba herido, era doblemente peligroso, y en su guarida habría numerosas trampas y salvaguardas.

Sal de ahí. Estoy cerca. Yo aniquilaré al vampiro. No es necesario que arriesgues tu vida.

Ésta es mi ciudad, mi hogar. Mi gente, bajo mi protección. Y no la comparto con los no muertos. Márchate. Ella se cerró sobre sí misma, bloqueó su mente con una fuerte barrera que él no se molestó en intentar traspasar.

Nicolae surcaba velozmente el cielo, con el búho a su lado. Sus ojos buscaban indicios; sus sentidos rastreaban en el aire el nocivo hedor del vampiro. Ni siquiera se molestó en buscar el rastro de

Destiny; la había aleccionado demasiado bien. Su rastro era casi inexistente. De no ser por la herida, él no habría podido captar su olor, y ella ya se había ocupado de curarla, de modo que no había indicio alguno que él pudiera seguir.

Miró a su compañero de viaje, el gran búho que volaba poderosamente a su lado desde hacía años. Eran compañeros de viaje. Cazadores. Hermanos. Se vigilaban las espaldas. *Voy a entrar en la guarida del vampiro y a destruirle. Es mejor que tú no entres, pero, si algo me ocurriera, te pido que lleves a esa mujer ante el príncipe.* Su hermano ya no podía luchar contra el vampiro. Estaba demasiado próximo a la bestia para resistir la llamada de la sangre.

Se hizo el silencio un segundo. Dos. Nicolae sentía el azote del viento mientras surcaban juntos el cielo. Por un momento pensó que el otro iba a hablar. Hablaba muy raramente desde hacía tiempo; prefería mantenerse en la forma de un animal. *Me confías una tarea que no sé si podré cumplir.*

No te queda más remedio que asegurarte de que llega sana y salva a nuestra patria. Es mi compañera eterna, aunque aún no se haya liberado.

De nuevo se sintió sólo el silencio de la noche. *Nicolae, soy varios siglos más viejo que tú. Mi tiempo se agota. Tú sientes la bestia agazapada. Yo soy la bestia. ¿Cómo puedes confiar en mi palabra?*

Por un momento, Nicolae notó un vuelco en el corazón. Vikirnoff llevaba mucho tiempo luchando contra la oscuridad de una existencia carente de color. Cazaba vampiros desde hacía cientos de años y había aniquilado a viejos amigos. Cada vez que mataba le resultaba más y más difícil resistirse al deseo de sentir algo. Si mataba al alimentarse, se perdería para siempre. Nicolae cerró su mente a tal posibilidad. Vikirnoff era fuerte y aguantaría mientras hiciera falta.

Confío en ti, Vikirnoff, porque te conozco. Eres un guerrero sin igual y el honor lo es todo para ti. Eres mi hermano, el que vino a cubrirme las espaldas en mis días más oscuros, como yo he hecho por ti. Dame tu palabra de que harás lo que te pido si fracaso. Tú nunca dejarías de cumplir tu palabra. Ni siquiera la bestia es más fuerte que tu palabra. Ella es de los nuestros, aunque la convirtiera un vampiro. Una hembra capaz de producir hembras para nuestra raza. Tie-

nes que cumplir esta última tarea y luego podrás enterrarte, sólo para despertar si sientes la llamada de tu compañera. Nicolae hablaba con firmeza, de guerrero a guerrero.

No tenían elección. Se habían enfrentado a los vampiros durante siglos, solos en sus territorios, hasta que ambos se habían aproximado al fin. Hasta que Nicolae había contactado con una niña maltratada física y emocionalmente. Su hermano Vikirnoff, siglos mayor que él, había corrido a su lado para asegurarse de que él no se rendía a la desesperación al ver que no podía impedir las agresiones continuas.